

El Sendero del Heraldo

Jesús B. Herrera



Capítulo 1

PRIMERA PÁGINA DEL DIARIO DE REVION

Encontrada bajo una losa en el antiguo templo de la Ciudad Blanca.

Mi nacimiento no fue nada del otro mundo, así era como me lo contaba mi madre en nuestros escasos momentos de intimidad. No nací bajo la luz de una intensa estrella, ni durante la visita de un ilustre visitante. Ni tan siquiera emplearon artes místicas para que el alumbramiento fuera más sencillo y menos doloroso para mi madre.

La única particularidad. Lo único que ella siempre recordará de aquel día será el sol ocultándose tras las montañas del oeste. El color rojizo que coloreaba las nubes y la brisa vespertina que levantaba pasiones entre los jóvenes de la pequeña ciudad.

No fue un día de celebración. No fue un día que mereciera ser recordado por nada en especial. Pero, sin embargo, para mi madre aquel momento siempre tuvo un gran significado que nunca llegó a contarme. Como si hubiera un secreto oculto que ella conociese pero que no fuera sensato decir en voz alta.

Por tanto, fue la sencillez del momento lo que convirtió mi nacimiento en algo simple, pero a la vez maravilloso. No se necesitaba magnificencia. No hacía falta un cortejo real, un grupo de interesados. Ni tan siquiera requería de la matrona que me habría ayudado a llegar al mundo si no fuera porque me adelanté unos días a lo previsto.

Lo único que necesitó para ese feliz intervalo fue sentir los últimos, tranquilizadores y llameantes rayos del sol en su cuerpo desnudo. Presentarme ante el sol, y rezar una plegaria que ansiaba fuera escuchada por el Portador de la Luz y del Crepúsculo.

Muchos años han transcurrido desde aquel día, pero la sonrisa de mi madre aún no desaparece ni durante el amanecer ni durante el atardecer, como si aquellos instantes fuesen lo más preciado que tuviera en la vida.

Yo ya no soy un niño, tengo diecisiete años y mucho trabajo que hacer desde el alba hasta la noche, pero aún así nunca pierdo la oportunidad de sentarme junto a ella en la terraza y contemplar el final de un día y el inicio de otro nuevo.

Mi nacimiento no fue nada del otro mundo, así era como me lo contaba mi madre en nuestros escasos momentos de intimidad. Más, esa no era la opinión de aquel que se hallaba tras el otro lado de su mirada. De aquel que se escondía en las últimas luces del día, mientras se ocultaba entre

las montañas del oeste, contemplando no solo a una mujer dolorida y atormentada, sino también al retoño que salía de ella. Descubriendo al que sería pieza esencial en el futuro que se avecinaba.

Capítulo 2

SEGUNDA PÁGINA DEL DIARIO DE REVION

Encontrada en el cajón de un escritorio en un despacho calcinado de Nueva Bluer.

Hasta el día de mi décimo octavo cumpleaños no vi con mis propios ojos a un "Místico" y las extrañas proezas que podían ejecutar simplemente agitando sus largas y estrafalarias varas, que ellos en toda su humildad denominaban "cetros".

Una vez al año, los Místicos del reino viajaban de ciudad en ciudad para examinar a los jóvenes que habitaban las grandes y pequeñas villas. Normalmente asistían a dos o tres por año, por lo que no era extraño que, hasta tan avanzada edad, no se me sometiese al "Examen de Latencia".

El Examen de Latencia servía para identificar a potenciales individuos. Personas con capacidad para identificar y usar la magia a su libre albedrío. Con frecuencia los jóvenes viajaban a los lugares a donde se dirigía la comitiva mágica, para probar suerte en el examen, más difícilmente regresaban con buenas noticias.

Mi opinión inicial acerca de los Místicos no fue precisamente mala, aunque sí muy decepcionante. Es cierto que no se adecuaron de forma alguna a mis expectativas, pero me parecieron sabios y educados... algunos de ellos. Vestían anchas túnicas y barbas tan largas que apenas se les podían ver las rodillas. Los ancianos presumían de haber vivido más de doscientos años, cuando en mi pueblo el mayor, que era nuestro patriarca, rondaba los cincuenta. Los jóvenes en cambio disfrutaban exhibiendo sus barbas de menos de diez centímetros, cortejando a mujeres a las que jamás volverían a ver para dejar una progenie, que si la naturaleza lo permitía, seguiría los pasos de sus padres.

Eran pocas las mujeres que vislumbré en aquella comitiva. Entre diez y quince en un grupo de cien Místicos. Evidentemente ellas no lucían una frondosa barba, y, además tampoco usaban aquellos "cetros". Ya solo por esos dos detalles deberían haberme caído mejor, pero no fue así. Sus miradas eran distantes, aplastantes. Las personas que les rodeaban parecían ganado a sus ojos, simples estorbos para sus pasos firmes. Eran las más reacias a ayudar a los demás, y apenas tenían relación con sus congéneres masculinos.

Había excepciones. Por la gracia de los dioses siempre hay excepciones. Una de ellas, de nombre Faina, era todo lo que sus compañeras eran

incapaces de ser, y mucho más. Se mostraba dedicada con los demás, usaba sus dones para ayudar con la cosecha, curar enfermos y hacer reír a los niños.

Fue ella la que me demostró el lado hermoso de la magia. La que me examinó para comprobar mis dotes mágicas, y la que, con una sonrisa sincera, me confesó que no había la menor chispa de poder en mí.

Aquellas palabras debieron ser devastadoras, o al menos así fueron para los demás muchachos con los que crecí. Pero no fue así. Aquella sonrisa, y aquellos ojos llenos de ilusión y alivio fueron los que me tranquilizaron.

El mundo de la magia no era para mí. No era para nadie decente. Exigía profundos sacrificios que nadie querría hacer. Eso era lo que significaba la dulce mirada de la maga.

De esa manera, con un alivio que creía imposible, acepté sin dudar la carga de la humanidad, de la simpleza... de la mortandad.

Que lástima que mi destino me augurase precisamente lo contrario de lo que ansiaba mi ser.

Capítulo 3

Tercera página del Diario de Revion

Encontrada en la casa de un coleccionista del Valle Hansey

Hoy vi al ciervo blanco. A lo largo de los últimos meses había escuchado rumores acerca de la presencia de este místico animal en nuestros bosques. Los rumores decían que no era huidizo, es más, se mostraba afable y confiado incluso con los cazadores. De él emanaba una fuerza tal, que los arcos y flechas se volvían inútiles en las manos de sus portadores. La magnificencia, el honor de estar ante semejante criatura era recompensa más que suficiente para esos pobres hombres.

Yo no suelo caminar por el bosque. Lo mío es el arado y el trabajo duro, no ir saltando raíces y troncos caídos en pos de un animal al que arrebatarse la vida. No obstante, no me quedó más remedio que adentrarme en sus profundidades. Se me encargó urgentemente visitar la aldea vecina en busca de un ungüento para las quemaduras de forja de mi tío. Accidentalmente se le cayó una pieza al rojo vivo a los pies, y sus gritos e insultos se escuchaban desde todas partes de la villa.

Por supuesto, no es la primera vez que me pierdo por entre los troncos bajos de los árboles. Cuando era pequeño era normal que diese interminables vueltas por allí junto con mi padre y hermanos. Llegábamos tan lejos que nos compensaba más dormir al raso que regresar. Pero la experiencia siempre merecía la pena.

Veía animales extraños que eran imposibles de encontrar cerca de mi hogar. Algunos huidizos, y otros lo suficientemente inteligentes como para no entrometerse en la vida de los humanos si no querían salir mal parados.

Mi padre nos llevaba a alejados riscos, altos y empinados, desde los que se podía apreciar todo el valle. La sensación del viento azotándome los cabellos no tenía precio. Pocas veces me sentí tan vivo como en aquel entonces.

Al menos fue así, hasta el fatal accidente, donde mi padre perdió la vida junto a uno de mis hermanos mayores. Lobos dijeron los alguaciles, pero otros rumores más oscuros llegaron a mis oídos durante los días posteriores. Aquel incidente provocó que temiera las entrañas del bosque, y pocas veces me atreví a entrar desde entonces.

Pero cuando hoy vi al ciervo blanco, algo cambió en mi interior. Su pelaje brillaba reflejando los rayos del sol. La cornamenta era larga y compleja, pero guardaba una extraordinaria simetría, como si hubiesen sido forjados

y no crecido de forma natural. Su mirada negra se clavaba profundamente en mí, haciéndome empequeñecer ante aquella milenaria criatura de los bosques.

También sentí aquella reconfortante sensación que expresaron los cazadores, pero no solo eso. Una extraña opresión me apretaba el corazón, como si de repente me hubiera dado cuenta de que tenía que hacer algo urgente, mucho más que ir a por aquel ungüento.

La sensación todavía me persigue tras haber transcurrido varias horas desde el suceso. Aunque pareciese una locura, sé que aquel ciervo quería transmitirme algún mensaje. No estaba allí simplemente por casualidad. Estaba buscándome, quería estar cerca de mi para que yo experimentase la sensación que me atormenta.

Espero descubrir pronto el secreto que albergaba aquella mirada. Espero poder abandonar la tensión que engulle mi corazón y que casi no me hace dormir por las noches. Espero volver a ver a ese ciervo pronto.

Lamentablemente, aquel día el ciervo desapareció. Yo fui el último que lo vi. Y eso tan solo hizo que el peso que ya cargaba en mi corazón se intensificase. (Anotación escrita varios años después que el resto de la página).

Capítulo 4

Cuarta página del Diario de Revion.

Encontrada bajo una roca cerca de la costa oeste.

Hay ocasiones en las que uno llega a preguntarse cuál es el límite de su propia cordura.

Yo mismo tenido que enfrentarme a esa tesitura durante mi niñez. Incluso tras haber transcurrido tantos años, la neblina de la inconsciencia continúa perturbando mi memoria. Soy incapaz de recordar que hice, pensé o dije durante aquellos días.

Aquello ocurrió por un lamentable error... un error que se cobró la vida de diecisiete personas, y yo pude ser la decimoctava.

Todo sucedió siete años atrás, cuando tenía once años, durante una celebración en honor de la Diosa del Sol. En esas ocasiones, no es extraño que numerosos mercaderes vengan de todas partes del reino para exhibir sus exóticos e inusuales productos. Es una de las pocas veces en las que nuestra villa se torna ligeramente importante, y aparece en los mapas.

La fiesta y la algarabía inundaban el ambiente. Las risas se volvían contagiosas. La música se podía escuchar en todas partes. En la plaza, en los graneros, incluso en las callejuelas tranquilas por las que ni yo mismo me atrevía a transitar por miedo a la oscuridad de las esquinas. Distintas melodías, instrumentos y voces en un caos que se volvía contagioso.

Recuerdo mi entusiasmo al ver por primera vez los enormes animales del norte. Los domadores eran tan hábiles, que incluso nos permitían subirnos a los lomos de sus bestias y cabalgarlos durante unos cuantos metros.

Las vasijas, los instrumentos, las armas, las pociones, los alimentos, el ganado... En aquellos días festivos no había fin para el desenfreno y las novedades. Para nosotros, acostumbrados a la vida más sencilla que uno podía aspirar, esos momentos se volvían inolvidables y anhelables por meses.

Pero celebraciones de este estilo no están libres de problemas, y la que afectó a mi villa aquel año fue de las peores en mucho tiempo.

Uno de los comerciantes, con ánimo de ganar más dinero, optó por contaminar la comida que servían en las cantinas con Setas Fillas, de buen aspecto, olor y textura, pero con el defecto de provocar severas

alucinaciones que quebraban la cordura de aquel que las consumía. Su efecto podía ser más o menos duradero, todo dependía de la edad y de la persona, llegando a provocar la muerte en el peor de los casos.

Su objetivo era esparcir algunas esporas para provocar una locura transitoria en la que los afectados comprasen sin pensar muy claramente en porqué lo hacían. Quería dominar sus voluntades, pero ignorando que no importaba la cantidad que se suministrase, esa seta era letal desde el primer mordisco.

Desgraciadamente, yo fui uno de los afectados por esa práctica apestosa e inmoral, al igual que dos primos mayores que fueron con quienes fui a comer a la cantina aquel día.

Ellos murieron a los tres días. Yo recuperé el conocimiento a los tres meses. Por fortuna para mí, las setas no eran tan efectivas con niños.

No volví a sentir aquella sensación de abandono y de vacío hasta hace apenas una semana. Esta vez no es fruto de ninguna seta alucinógena, ni de pócima o hechizo alguno. Hay algo, ignoro el qué, que me está persiguiendo.

Noto su presencia durante el amanecer y el atardecer. A veces creo verla, como un borrón en el lateral de mi campo de visión, pero automáticamente desaparece. Su voz me llega lejana e ininteligible, como un susurro transportado por el viento.

Se lo he contado a mi madre, a mis amigos e incluso al sacerdote del templo, pero ninguno cree ni una sola palabra. Llegaron a decirme que probablemente las setas siguen haciéndome efecto, incluso años después de haberlas ingerido, pero yo sé que no es así.

Algo me observa. Me persigue. Solo espero, que sea lo que sea, no me haga daño a mi ni a los míos.

Capítulo 5

EL SENDERO DEL HERALDO.

Desde este punto no se subirán más relatos de "El Sendero del Heraldo" en esta plataforma.

Si quieres leer la continuación del Diario de Revion, por favor, entra en el siguiente enlace:

<https://elsusurrodelguardian.wordpress.com/el-sendero-del-heraldo/>